

RESEÑA DE EXPOSICIONES

EXPOSICIONES EN ASTURIAS DURANTE 1982

Tras el cierre de la galería Juan Gris, ocurrido en junio, la oferta de exposiciones ha estado a cargo, casi exclusivamente, de entidades públicas: la sala de la Casa de la Cultura de Avilés, la sala Piñole del Ayuntamiento de Gijón, y las diferentes salas dedicadas a exposiciones temporales del Museo de Bellas Artes de Asturias (Oviedo) se han convertido en los marcos idóneos de exhibición del arte contemporáneo asturiano. A ellas deben agregarse las salas que, en los diferentes centros de la provincia, tiene la Caja de Ahorros de Asturias, una entidad que desde el otoño ha dado un importante giro en la programación de exposiciones.

El arte asturiano a la búsqueda de su identidad a través de las colectivas

Con exclusión de la Bienal, de la que damos cuenta en otro lugar de este número, la exposición más importante del año fue, sin duda, la que se celebró en el Museo Jovellanos de Gijón, con el título «Muestras de pintores y escultores asturianos», durante el verano. La iniciativa de dar a conocer en conjunto a los artistas asturianos había contado, el año anterior, con dos antecedentes. El primero fue la exposición que se celebró en el Círculo de Bellas Artes de Madrid del 10 al 29 de noviembre, con el título de «Panorama 81 del arte asturiano», presentado por la Caja de Ahorros de Asturias con ocasión del primer centenario del Centro Asturiano de Madrid. El crítico de arte Jesús Villa Pastur corrió a cargo con la selección de los artistas, cuyo número se acercó al centenar.

Con menor heterogeneidad, dado que el número de artistas seleccionados para la exposición fue de veinticuatro, el I Concurso de Pintura patrocinado por el Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de Asturias, celebrado en el Museo de Bellas Artes y en la Sala Piñole con ocasión del cincuentenario de la fundación del Colegio, brindó la posibilidad de contemplar reunida una muestra de la pintura asturiana más representativa. Un jurado constituido por Francesc Vicens, Simón Marchán y J. A. López-Urrutia —en representación del Colegio—, concedió el primer premio a una obra de Carlos Sierra, en su línea de realismo muy elaborado hasta alcanzar una gran intensidad emotiva. Garrido Acosta, que presentó uno de esos *portones* en los que una factura eminentemente pictórica desvirtúa las connotaciones inicialmente geométricas y *pop* inherentes a este motivo urbano, recibió el segundo premio. El tercero fue para una composición informalista de José Arias. Un muy cuidado catálogo con textos de Julia Barroso y Juan Cueto reproducía en color las obras expuestas con lo que, por primera vez en la historia de las exposiciones asturianas, se podía disponer con adecuada presentación de una documentación gráfica de la obra de un número representativo de pintores.

Parecida seriedad y rigor existieron en la organización de la citada exposición en el Museo Jovellanos pero, a diferencia de la anterior, ésta incluía también escultores —Rubio Camín, Montaña, Amador y Alba— y no tenía carácter de concurso. La muestra incluía no sólo nombres ya consagrados, como los de los escultores citados

o los de Orlando Pelayo, Mieres, Sanjurjo, Gomila, Santamarina, Armando Pedrosa, Muñiz, o Bartolomé, sino también los de los pintores de la última generación de artistas asturianos, mayoritariamente inclinados a la abstracción: Angel Guache, Pelayo Ortega, Melquíades Alvarez, Francisco Fresno, Carlos Casariego, Garrido Acosta y José Paredes —éste último el único figurativo—. De hecho, la abstracción dominaba con toda claridad en la muestra, lo que era interpretado en un polémico texto de Félix Guisasaola que se incluyó en el catálogo, como indicio del «sucursalismo» de la pintura asturiana. Sin negar en alguno de estos artistas la presencia de cierto mimetismo, el hecho es que la abstracción se ha convertido en campo de cultivo privilegiado para los artistas asturianos y hasta, en algún caso, en factor decisivo de un carácter de asturianía tácitamente invocado.

No de otro modo cabe explicar la aparición del grupo Abra, compuesto por jóvenes artistas, que ha celebrado varias exposiciones en 1981 y, sobre todo, en 1982, ganando dos de sus miembros el último Certamen de Pintura de Luarca —dedicado en esta ocasión a su promotor Villa Pastur, en justo reconocimiento a su labor de crítico durante más de treinta años—. El grupo Abra está formado por siete artistas, todos ellos vinculados con una abstracción de ascendencia matérica —Astur Paredes, Angel Nava, Vicente Pastor, María Jesús Rodríguez—, gráfica —E. Alonso—, o colorista —Pedro Pablo Alonso y Hugo O'Donnell— que asume, en algún caso, un contenido vinculado con ese espíritu asturiano.

Debe darse cuenta, por último, de una feliz iniciativa de la Casa de la Cultura de Avilés consistente en la celebración del Día de Asturias —8 de setiembre— con un *happening* pictórico, al que se invitó a participar a los más destacados artistas asturianos para que realizaran una obra sobre el motivo de Carreño de Miranda, el mejor pintor de la historia de Asturias. Con ello se proponía una experiencia en esa línea tan actual de reinterpretación de la pintura histórica y, al mismo tiempo, se rescataba para el arte asturiano ese sentido de celebración o de fiesta auténticamente populares.

Exposiciones individuales

Quizá fuera la exposición de Hernández Pijuán, organizada por la Casa de la Cultura de Avilés y que se celebró simultáneamente a la que tenía con los restantes Premios de Artes Plásticas 1981 en el MEAC, la más interesante de todas las muestras individuales del pasado año. Y no por la coyuntura del premio, sino porque Hernández Pijuán, pintor de una trayectoria su-

mamente coherente y ajena a todo tipo de cambios bruscos aportaba, en este momento, un importante giro en su obra, hacia una mayor diafanidad y levedad a través de sutiles superposiciones y de la valoración del propio soporte —papel— dejado en buena parte casi intacto. Resulta de aquí un ejercicio de pintura en superficie, que sigue extrayendo su referencia temática del paisaje con títulos como *Bouganvilleas* o *Reconeguts*.

La sala Juan Gris, por la que ya habían desfilado nombres de la importancia de Sempere, Farreraš o Zóbel, expuso una muestra de grabados de Chillida donde, pese a lo reducido del tamaño de algunas xilografías, se advertía ese sentido de fuerza primigenia que parece inherente a los escultores vascos. Como en su escultura, son las interrelaciones dinámicas entre llenos y vacíos el factor estético primordial en sus grabados, expresado en las xilografías con nítidos contrastes y en los aguafuertes a través de una refinada dilución de valores. Esta diferenciación, debida al cambio de técnica, da cuenta de la importancia que para Chillida tiene la corrección en el proceso empleado, así como de su estrecha vinculación con el material y los medios con los que trabaja.

Con simultaneidad a la exposición en Rayuela, la galería Benedet presentó la obra última de Manuel Viola, quien continúa fiel a su pintura de alucinación y suntuosidad cromático-lumínica, invocando la tradición de la pintura española que parte de Ribalta y El Greco a través de su gesto cargado de color y de tensión expresiva. No siempre, sin embargo, logra transmitir esa tensión quizá por el excesivo control de los juegos de color y luz, y por una cierta formalización de ese gesto a fuerza de repetirlo.

La perfección técnica fue lo más destacado de la exposición de grabados de José Fuentes, particularmente en sus aguafuertes en relieve, siguiendo el procedimiento inventado por Hayter. Fuentes, que había cultivado el expresionismo abstracto, toma una referencia del natural —el poste de luz con los cables— para centrar compositivamente la obra. Más interesantes son quizá sus foto-aguafuertes sobre interiores arquitectónicos góticos, en los que consigue contrastes lumínicos de extraña belleza. Fuentes, que es en la actualidad profesor en la Escuela de Bellas Artes de Bilbao, adquirió su dominio técnico en la de San Carlos de Valencia, cuya tradición de grabadores se remonta al siglo XVIII sin dejar de continuarse hoy, como atestiguó una exposición de sus alumnos de último curso, entre los que destacaban Pío César Robla y la luanquina María Alvarez.

El vallisoletano Fernando Sánchez Calderón mostró en Avilés y Gijón obras de un gestualismo muy pictórico y colorista que, al revelar cierta preocupación constructiva inherente al mismo gesto, eludían todo decorativismo sin dejar, por ello, de presentarse como pura *pintura-pintura*. Muy diversa de ésta nos parece la obra del madrileño Miguel Ybáñez, que expuso en Gijón óleos constituidos por acumulación de fragmentos para cuya hipotética recomposición no cuenta el espectador más que con elementos de una ambigüedad esquiva y sugerente al mismo tiempo.

Para finalizar la nómina de pintores no asturianos debemos citar al zaragozano José Morellón, cuya exposición en Oviedo mostró la tendencia a reducir el paisaje a la abstracción, pero sin dejar de preservar la referencia al natural en cuanto origen de la emoción creadora.

Individuales de pintores asturianos

La importante retrospectiva que, con el título «Antonio Suárez: 25 años de pintura», brindó el Museo de Bellas Artes fue, sin duda, el acontecimiento de mayor interés en este epígrafe. Pudieron verse, cabalmente delimitadas, las distintas fases de la producción de este artista que arranca de un realismo esquematizado a principios de los cincuenta para ingresar en *El Paso* y participar en la aventura de la vanguardia española. Entre las características de su obra cabe citar el mantenimiento de la referencia al natural, aunque en coexistencia con procedimientos típicamente abstractos a través de una dialéctica de alusión-elusión de rica ambigüedad; el refinamiento matérico y cromático; la cohesión estructural subrayada por el carácter delimitador de las líneas construidas en relieve por el pigmento; el dramatismo existente en los choques entre las áreas de color, que levantan extrusiones de materia, sobre todo en la primera época; y el ímpetu lírico de las armonías cromáticas de las obras posteriores a 1979.

En el mismo marco, y también retrospectiva, se presentó la obra de Miguel Ángel Lombardía posterior a 1960. Pintor de enorme facilidad y receptividad, se polariza desde muy pronto en el expresionismo figurativo, sufriendo las influencias de Barjola, Bacon, Picasso, Hultberg, Cornille y Jorn. Pero siempre, pese a los bruscos giros que introducían estas influencias, la fuerza de su pintura ha acabado por imponer su propia impronta, cada vez más asentada. Si hasta 1971 alterna realismo y expresionismo, a partir de ese año se introduce de lleno en este último modo de expresión a través de la serie de los «Conferen-

ciañes», alcanzando singular crudeza en la temática minera. Su compleja evolución culmina en los paisajes con figuras que pinta en 1980, subsumiendo éstas en un mar cromático que conjuga en su horror al vacío una tendencia hacia lo ornamental perfectamente contrarrestada por la tensión de las líneas y la fuerza y acidez del color, aplicado siempre en muy grueso empaste. Estas características exigen un formato grande, en el que el pintor logra obras de una intensidad difícilmente superable.

Otra retrospectiva, a cargo de la Caja de Ahorros, dio cuenta de los últimos diez años de la pintura de Urculo. Una pintura posterior a su vinculación con su inicial realismo-expresionismo social, y en la que las conexiones con el Pop Art se han limitado al interés por las formas brillantes y nítidas, tratadas con el aerógrafo, y por aspectos iconográficos relativos al desnudo femenino. Pero cierto carácter mágico, misterioso y, en ocasiones, barroquista, emancipa su obra de la frialdad, planitud y objetividad del pop. Las de 1975, en particular, asumen un carácter próximo al surrealismo. Pero son las obras posteriores a 1981 las que apuntan un interesante cambio en la producción del artista, que obtiene resultados más puramente pictóricos gracias a la sustitución del aerógrafo por el pincel, y que recrea una temática de carácter personal, casi autobiográfico.

Las exposiciones de Gijón y Avilés de Ramón Rodríguez dieron cuenta de la inteligente búsqueda en que está empeñado este pintor, apasionado por los problemas que plantea la imagen en el proceso de su asunción por el espectador. A partir de la imagen contemporánea por excelencia, a saber, la cinematográfica, estudia cómo afectan a su contenido semántico las alteraciones en el modo en que se presenta esa imagen: forma, tamaño, color, luz, nitidez, etc.

Dentro de una abstracción informalista, las obras que Elías García Benavides expuso en la Caja de Ahorros, presentaban restos de la forma central nucleadora típica de su pintura. Mientras que las obras sobre madera continuaban la tradición del informalismo expresionista en que se halla inmerso este pintor a través, principalmente, de la persistencia de las incisiones, las obras sobre papel revelan una mayor confianza en las posibilidades de la pintura y en los goces del color. Lo propio le ha ocurrido a José Ramón Muñiz, tras una etapa de rígido conceptualismo, alguna de cuyas rigurosas —y bellas— muestras pudieron verse en Juan Gris. El cambio del conceptualismo al color se ha dado en él a través de interesantes etapas influidas por Twombly y Zakanitch. Presentó también un montaje de pirámi-

des cuyas caras eran espejos que incorporaban el paisaje circundante.

En Avilés y Oviedo expuso José Santamarina obras que continúan la doble vertiente por él explorada: la abstracción geométrica, de raíz constructivista, y el *Op Art*. En éstas, el desplazamiento lateral no hace aparecer formas o colores invisibles desde una posición frontal, sino sólo sutilísimos rayados, cuya precisión resulta objetiva y lírica a la vez.

Dos pintores en la actualidad algo desvinculados del panorama de exposiciones en Asturias, Vaquero Turcios y Bartolomé, expusieron en Altamira (Gijón). El primero continúa con sus figuras y paisajes en su peculiar estilo, partícipe por igual de clasicismo y expresionismo. El segundo recoge, en obras de pequeño formato, una temática campesina que vierte en un estilo de raíz simbolista, aunque sin ninguna preocupación por la belleza de las formas o el color, sino atento sólo a expresar con la máxima sinceridad un sentimiento interior sólidamente arraigado.

Los pintores jóvenes asturianos

Una abstracción de hondo contenido poético, y que vierte a través del *toque* –hecho individual por excelencia– toda la carga psíquica de la materia, caracteriza la obra que Angel Guache expuso en Oviedo. Obra difícil, de lenta contemplación y *tempo* propio que hay que respetar, se plantea pese a su aparente sobriedad de color, con una riqueza enorme en sugerencias visuales –y no digamos ya psíquicas–.

Mucho más formalizada resulta la obra de Vicente Pastor, perteneciente al citado grupo Abra, y la de Francisco Velasco. Ambos desarrollan con gran pulcritud los postulados de una abstracción que ha tenido en Asturias a Sanjurjo como máximo representante. Pastor, que expuso en la sala Manos de Mieres, invoca unos contenidos más líricos a través de una pintura muy cuidada, casi preciosista, que recibió el primer premio en el último Certamen de Luarca. Velasco, que también ha cosechado premios en dicho Certamen, no alude a ningún tipo de contenido extrínseco a los campos de color en los que explaya su pintura –gouache o acrílico– dentro de una evolución, desde las premisas del geometrismo, de singular coherencia, como atestiguó su exposición de Gijón.

En Gijón y en Oviedo expusieron Luis Garrido Acosta y Carlos Casariego –éste en la Caja de Ahorros–. Ya hablamos de cómo el pictoricismo se sobrepone a la estructura geométrica en los *portones* del primero. El segundo, muy influido por la pintura norteamericana ya antes de su

estancia en los Estados Unidos, descubre ahora otra línea de inspiración, la mediterránea. Y no sólo en el color, sino también en su sometimiento a la forma que lo contiene. Ese clasicismo se ve combatido, en ocasiones, por la decidida presencia de un gesto rapidísimo, casi un flagelo. En José Vivancos, nacido en Cartagena y afincado en Gijón desde 1980, hay también una tensión entre la abstracción geométrica y el gesto, que acaba por romper la estructura de aquélla; en sus últimas obras la liberación es doble pues afecta también a la gama de color. También en Gijón expuso Enrique Esteve, del grupo Gerra, una obra dentro de los cánones del expresionismo abstracto más correcto –si semejante paradoja fuera posible–. Una abstracción colorista derivada de Guerrero caracteriza la obra de O'Donnell, de Abra, que expuso en Manos (Mieres).

La representación figurativa fue mucho más escasa. José Paredes mostró en Benedet sus escenografías de cariz renacentista y chiriquiano. De Juan Manuel Monte vimos en Avilés sus motivos de «brujos». Ambos pintores están en posesión de un lenguaje propio y formalizado. Quizá sea, precisamente, una excesiva formalización lo que le impide a Kiker evolucionar hacia otras formas distintas a las de esas máquinas a las que aplica su buena técnica de pintor, como hemos visto en Tioda (Gijón) y en el Casino de Mieres. En este último lugar y en C. de Diego, expuso Fernando Díaz, cuyo problema es justamente el inverso: hacerse con un lenguaje propio dentro de ese campo expresionista en el que se mueve con soltura.

Escultura, tejidos, environments...

Francisco Barón expuso en Juan Gris una obra dentro de su peculiar estilo, síntesis de sugerencias surrealistas y organicistas –Moore–, a través de una técnica perfecta. Ricardo Ugarte de Zubiarraín mostró en las salas Piñole y Cornión de Gijón y en Avilés, un buen número de esculturas en hierro, a partir de módulos ortoédricos ordenados asimétricamente o destruidos, desarrollándose las láminas alabeadas en el espacio con un sentido expresionista. Ugarte expuso también, con Julia Ochoa, serigrafías de su libro de poesía visual *Mar y hierro. Luz del aire*, donde ambos recurren a estructuras lineales muy simples, siempre rectas, valiéndose Ugarte del *lettering* con un vigor parecido al de Chillida.

Del escaso grupo de escultores asturianos Montaña, Amador y Alba habían celebrado el año anterior importantes muestras, lo mismo que Camín, pero éste fue el único en volver a expo-

ner. Llevó a Avilés obras muy variadas: desde los *angulares* realizados a partir de módulos de hierro prefabricado hasta dibujos y collages en los que se veía una idéntica preocupación por lo estructural. Pero quizá lo más interesante fueron las maderas, en las que se advertía un tratamiento directo y sugerente, dentro de una estética abstracta de la que sólo sale en los bronce.

Las obras que José Nava expuso en Oviedo atestiguan las dotes de este escultor para el trabajo de la caliza marmórea, con un virtuosismo asentado en una concepción espacial no preexistente a la ejecución de la obra, sino que va surgiendo y modificándose en el mismo proceso creativo.

Los tapices estuvieron representados por Consuelo Vallina, que expuso en Avilés obras de fuerte presencia, y por Remi García, cuyo interés por el tejido como arte orgánico por excelencia, la llevó a exponer en Benedet y en Cangas de Narcea. Por último, una importante iniciativa, inédita en nuestra provincia, fue el *environment* –ambiente– preparado en la sala Piñole por José de la Riera, en una línea de combinar los efectos de luz con las evocaciones –a veces directas– de lo natural que caracterizó, particularmente en Italia, a los ambientes de finales de la década pasada.

Exposiciones históricas e itinerantes

Entre las primeras pudo verse la de la restauración de la Cruz de la Victoria, cuya labor, realizada por el joyero Pedro Alvarez, se explicó

en detalle en los paneles fotográficos colocados en la girola de la Catedral, y en un folleto firmado por el periodista Manuel Avello. De las itinerantes, cabe destacar entre todas la de grabados de Goya, organizada por la Fundación Juan March en colaboración con la Fundación Principado de Asturias, y magníficamente instalada en el Museo de Bellas Artes evitando agobios pese a que el número de grabados expuestos –pertenecientes a las cuatro grandes series goyescas– excedía los doscientos, incluyéndose también ampliaciones fotográficas. Fue, sin duda, la exposición más concurrida de todas, y la más didáctica, gracias al audiovisual y el catálogo, al cuidado de Alfonso Pérez Sánchez.

En Gijón se celebraron muestras de grabados de Henry Moore (Caja de Ahorros), Picasso (sala Piñole) y litografías de Miró (Museo Jovellanos). También en Gijón se expuso la itinerante de obra gráfica norteamericana –Rauschenberg, Rosenquist, Rivers, Oldenburg, Morley, Katz, Warhol, Kitaj, Marisol, Nauman–. En el teatro Campoamor de Oviedo vimos la muestra titulada «La modernidad en la obra de Eduardo Torroja», organizada por el Colegio de Ingenieros de Caminos de Madrid, y única entre todas las exposiciones en tratar temas de arquitectura, bastante descuidadas en Asturias. Citemos, por último, la muestra de carteles del Mundial, ocasión única para reivindicar el deporte como tema de arte.

J. Barón